

## LIBRO SÉPTIMO.

SALIDA DE NAPOLEON DE CHAMARTIN.— SITUACION DEL EJÉRCITO INGLÉS.— DUDAS Y VACILACIONES DEL GENERAL MOORE.— CONSULTA CON MR. FRERE.— PASOS É INSTANCIAS DE LA JUNTA CENTRAL Y DE MORLA PARA QUE AVANCE.— RESUÉLVESE Á ELLO.— INCIDENTE QUE PUDO ESTORBARLO.— SALE EL 12 DE SALAMANCA Á VALLADOLID.— VARIA DE DIRECCION Y SE MUEVE HÁCIA TORO Y BENAVENTE.— DA DE ELLO AVISO Á ROMANA.— MAL ESTADO DEL EJÉRCITO DE ÉSTE.— PARCIALIDAD DE ESCRITORES EXTRANJEROS.— UNION EN MAYORGA DE LOS GENERALES BAIRD Y MOORE.— SITUACION DEL MARISCAL SOULT.— AVISO DE LA VENIDA DE NAPOLEON.— RETÍRANSE LOS INGLESES Á BENAVENTE Y ASTORGA.— MARCHA DE NAPOLEON.— PASO DE GUADARRAMA.— EMPIEZA Á RELAJARSE LA DISCIPLINA DEL EJÉRCITO INGLÉS.— CHOQUE DE CABALLERÍA EN BENAVENTE.— SORPRENDEN EN MANSILLA LOS FRANCESES Á LOS ESPAÑOLES.— RETÍRASE ROMANA DE LEON.— JÚNTASE EN ASTORGA CON LOS INGLESES.— RETÍRASE ROMANA POR FUENCEBADON.— MOORE POR MANZANAL.— DESGRACIAS DE ROMANA EN SU RETIRADA.— DESÓRDENES DE LOS INGLESES EN SU RETIRADA.— LLEGA NAPOLEON Á ASTORGA.— ENTRADA DEL MARISCAL SOULT EN EL VIERZO.— REENCUENTRO EN CACABELOS.— RETÍRASE EL GENERAL MOORE DE VILLAFRANCA.— VAN EN AUMENTO LOS DESÓRDENES DE LOS INGLESES.— LLEGAN Á LUGO.— PREPÁRASE MOORE Á AVENTURAR UNA BATALLA.— RETÍRASE DESPUES.— LLEGA Á LA CORUÑA.— BATALLA DE LA CORUÑA.— EMBÁRCANSE LOS INGLESES.— ENTREGA DE LA CORUÑA.— DEL FERROL.— ESTADO DE GALICIA.— PARADERO DE ROMANA.— SUCEDE Á SOULT EL MARISCAL NEY.— VUELTA DE NAPOLEON Á VALLADOLID.— ASPERO RECIBIMIENTO QUE HACE NAPOLEON Á LAS AUTORIDADES.— ANGUSTIAS DEL AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID.— SUPPLICIO DE ALGUNOS ESPAÑOLES, Y PERDON DE UNO DE ELLOS.— TEMORES DE GUERRA CON AUSTRIA.— PREPÁRASE NAPOLEON Á VOLVER Á FRANCIA.— RECIBE EN VALLADOLID Á LOS DIPUTADOS DE MADRID.— OPINION É INTENTOS DE NAPOLEON SOBRE ESPAÑA.— PARTE PARA FRANCIA.— JOSÉ EN EL PARDO.— PASA UNA REVISTA EN ARANJUEZ.— MOVIMIENTO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DEL CENTRO.— PLANES DE SU JEFE, EL DUQUE DEL INFANTADO.— ATAQUE DE TARANCON.— AVANZA EL MARISCAL VICTOR.— RETIRASE VENEGAS Á UCLÉS.— BATALLA DE UCLÉS.— EXCESOS COMETIDOS POR LOS FRANCESES EN UCLÉS.— RETIRADA DEL DUQUE DEL INFANTADO.— SUCÉDELE EN EL MANDO EL CONDE DE CARTAOJAL.— ENTRADA DE JOSÉ EN MADRID.— SUCESOS DE CATALUÑA.— LA JUNTA DEL PRINCIPADO SE TRAS-

LADA Á VILLAFRANCA.— EXCURSIONES DE DUHESME.— VIVES SUCESOR DEL MARQUÉS DEL PALACIO.— EJÉRCITO ESPAÑOL EN CATALUÑA.— SU FUERZA.— SITUACION DE BARCELONA.— TENTATIVAS DE VIVES CONTRA AQUELLA PLAZA.— ENTRADA DE SAINT-CYR EN CATALUÑA.— SITIO DE ROSAS.— HONROSA RESISTENCIA DE LOS ESPAÑOLES.— CAPITULACION DE ROSAS.— AVANZA SAINT-CYR CAMINO DE BARCELONA.— VIVES Y LAS DIVISIONES DE REDING Y LAZAN.— ORDEN SINGULAR DADA POR LECCHI EN BARCELONA.— TRATA VIVES DE SEDUCIRLE Á ÉL Y Á OTROS.— ATAQUES DE VIVES DEL 26 Y 27 DE NOVIEMBRE EN LAS CERCANÍAS DE BARCELONA.— DEL 5 DE DICIEMBRE.— REDING Y VIVES VAN AL ENCUENTRO DE SAINT-CYR.— CONTINÚA SAINT-CYR SU MARCHA.— BATALLA DE LLINAS Ó CARDEDEU.— SON DERROTADOS LOS ESPAÑOLES.— SE RETIRAN AL LLOBREGAT.— LLEGA SAINT-CYR Á BARCELONA.— AVANZA AL LLOBREGAT.— SITUACION DE LOS ESPAÑOLES.— BATALLA DE MOLINS DE REY.— DERROTA DE LOS ESPAÑOLES Y TRISTES RESULTAS.— EMBARAZOSA TAMBIEN LA SITUACION DE SAINT-CYR.— ACONTECIMIENTOS DE TARRAGONA.— SUCEDE REDING Á VIVES.— SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.— PREPARATIVOS DE DEFENSA.— DISPOSICIONES DE LOS FRANCESES.— PRESENTANSE DELANTE DE ZARAGOZA.— EL MARISCAL MONCEY SE APODERA DEL MONTE TORRERO.— SON RECHAZADOS LOS FRANCESES EN EL ARRABAL.— INTIMACION Á LA PLAZA.— BLOQUEO Y ATAQUES QUE PREPARAN LOS FRANCESES.— SALIDA DEL GENERAL BUTRON.— REEMPLAZA JUNOT Á MONCEY.— SALE MORTIER PARA CALATAYUD.— EMPIEZA EL BOMBARDEO.— ATAQUES CONTRA SAN JOSÉ Y REDUCTO DEL PILAR.— MANUELA SANCHO.— RESOLUCION DE LOS MORADORES.— ENFERMEDADES Y CONTAGIO.— TEMORES DE LOS FRANCESES.— GENTE QUE PERDIERON EN ALCAÑIZ.— LLEGADA DEL MARISCAL LLANNES.— LLAMA Á MORTIER.— DISPERSA ÉSTE Á PERENA.— ASALTO DE LOS FRANCESES AL RECINTO DE LA CIUDAD.— MUERTE DE SAN GENIS.— ESTRAGOS DEL BOMBARDEO Y EPIDEMIA.— INTIMACION DE LANNES.— DICHO DE PALAFOX.— RESISTENCIA EN CASAS Y EDIFICIOS.— MINAS DE LOS FRANCESES.— PATRIOTISMO Y FERVOR DE ALGUNOS ECLESIASTICOS.— MUERTE DEL GENERAL LACOSTE.— MURMURACIONES DEL EJÉRCITO FRANCÉS.— EMBESTIDA DEL ARRABAL.— LOS PROGRESOS DEL ENEMIGO EN LA CIUDAD.— NUEVAS MURMURACIONES DEL EJÉRCITO FRANCÉS.— TOMA DEL ARRABAL.— FURIOSO ATAQUE QUE LOS FRANCESES PRERARAN.— DEPLORABLE ESTADO DE LA CIUDAD.— ENFERMEDAD DE PALAFOX.— PROPONE LA JUNTA CAPITULAR.— CONFERENCIA CON LANNES.— CAPITULACION.— PALABRA QUE DA LANNES.— FIRMA LA JUNTA LA CAPITULACION.— QUEBRÁNTASE POR LOS FRANCESES HORROROSAMENTE.— MAL TRATO DADO Á PALAFOX.— MUERTE DE PRISIONEROS. DE BOGGIERIO Y SAS.— ENTRADA DE LANNES EN ZARAGOZA.— PADRE SANTANDER.— JUNOT SUCEDE OTRA VEZ Á LANNES.— PÉRDIDAS DE UNOS Y DE OTROS.— RUINAS DE EDIFICIOS Y BIBLIOTECA.— JUICIO SOBRE ESTE SITIO.

Napoleon permanecia en Chamartin. Allí, afarado y diligente, agitado su corazon como mar por vientos bravos, ocupábale España, Francia, Europa entera, y más que todo, averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponia á éste los demas cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impelian á tomar encontradas determinaciones. Unas veces resuelto á salir via de Lisboa, se aprestaba á ello; otras, suspendiendo su marcha, aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el dia de su partida, cuando el 19 de Diciembre, á las puertas de la capital, pasó reseña á 70.000 hombres de escogidas tropas. Así fué: dos dias despues, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche, con la rapidez del rayo, acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10.000 hombres, partiesen 60.000 la vuelta de Guadarrama.

Era, en efecto, tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan terribles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore, vacilante al principio, habia, por último, tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de Noviembre. Apénas habia sentado allí sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos, que sobresaltaron al general inglés con tanta mayor razon, cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio Noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avanzado por el centro; de las restantes, las que mandaba sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras léjos, á la retaguardia; no habiendo aún en aquel dia las de sir Juan Hope atravesado en su viaje desde Extremadura las sierras que dividen ambas Castillas.

Como exigia tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses, libres de ejércitos españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos; en especial cuando éste, si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran éstos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho más el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque, aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adolecia, por desgracia, de aquel achaque, entónces comun á los militares, de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes; juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo así, la miraba como per-

dida; lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertidumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo; como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado, por consiguiente, el general Moore, y no contemplando ya en está guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de éstos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fué su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Búrgos. Mas conservándose aún casi intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atras ántes de haberse empeñado la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere, ministro británico cerca de la Junta Central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque, ministro ya de su córte en Madrid en tiempo de Cárlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenía fe en sus promesas, y ántes bien pecaba de sobrada aficion á ellos que de tibieza ó desvío. Su opinion, por tanto, les era favorable.

Pero sir Juan Moore, noticioso el 28 de Noviembre de la rota de Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia, encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos dias para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult, que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase sir Juan Hope. Se unió éste con el cuerpo principal del ejército en los primeros dias de Diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de D. Tomas de Morla, dirigidos á que entrase con aquélla en la capital y cooperase á su defensa.

La Junta Central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto tambien de cumplimentar á sus jefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á D. Ventura Escalante y á D. Agustin Bueno, que llegaron á la sazón de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla; bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España,

en vez de conmover con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general inglés, no hacian sino afirmarle en su propósito.

También por entónces D. Tomas de Morla, no habiendo alcanzado lo que deseaba de sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en jefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo ménos distrajese al enemigo, cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo sir Cárlos Stuart, habitualmente de esperanzas ménos halagüeñas, y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio dia de Mr. Frere; quien, expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadía ser político y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de Mr. Frere, propio para estimular al general de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado incidente.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly, emigrado frances, y que por haber presenciado en 1.º de Diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sujeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser frances dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, léjos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la invariable resolucion que habia formado aquél de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que Mr. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro, ansioso de que á todo trance socorriese á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exigia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atras sus pasos. Así lo hizo el frances, y fácil es conjeturar cuál sería la indignacion del jefe británico al leer en su contexto que ántes de emprender la retirada «se examinase por un consejo de guerra al portador de los pliegos.» Apénas pudo sir Juan reprimir los ímpetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á Mr. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este, sin embargo, sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con man-

dar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas, ó por lo ménos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fué tambien gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia ántes el general inglés enviado hácia Madrid al coronel Graham, á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel, sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de Diciembre, y trajo tristes y desconsoladoras nuevas. Los franceses, segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento, no por eso influyó en la resolucion de sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo, marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron inglés, al mando del brigadier general Cárlos Stewart, hoy lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien, después de informarle de hallarse el Emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos, si bien se inferia la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron éstos cerciorarse de cuál fuese en realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Con este conocimiento alteró su primer plan sir Juan Moore, y en vez de avanzar á Valladolid, tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult ántes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazón que el 16 de Diciembre se avistaron con él, en Toro, D. Francisco Javier Caro y sir Cárlos Stuard, enviados desde Trujillo, uno por la Junta Central, de que era individuo, y otro por Mr. Frere, con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya ésta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron, por lo ménos, de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Luégo que el general Moore se resolvió llevar á cabo el plan indicado, se lo comunicó al Marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Astúrias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto del hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del Marqués de la Romana. Por desgracia solos los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distruido y olvidadizo, dejaba correr los dias sin tomar notables providencias y sin buscar medios de que áun podia disponer. ¿Quién, en efecto, pensára que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Astúrias, no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fué tan al contrario, que, pésanos decirlo, en el espacio de más de un mes que residió en Leon, sólo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprehensible abandono, no perseguido el ejército de la izquierda, más tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no ménos de 16.000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número, escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado, y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo y sin ayuda, á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore en el momento en que se movia hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana, sentido de su determinacion y de que pensase tomar el camino de Galicia, por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar éste en caso de necesidad. Replicóle, y con razon, el general español que nunca hubiera imaginado retirarse si no hubiese visto que sir David Baird se disponia á ello y lo dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no sólo se mantendria en donde estaba, sino que tambien, y de buen grado, cooperaría á cualquiera plan que se le propusiese.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, así como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageracion, y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que, oprimidos por continuadas desgracias, deseasen todos ofrecer al enemigo un obstáculo, que dando respiro, permitiese á la nacion volver en sí y recobrar parte de las perdidas fuerzas; y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que más de un mes iba corrido ántes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos trajineros y viajantes que circulaban en tan aciagos días, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando así seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuía á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba, segun los mismos ingleses, disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que, sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprehensibles, aunque por otro extremo.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando éste su marcha, se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas así las fuerzas inglesas formaban un total de 23.000 infantes y 2.300 caballos; algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda, y hácia Cea, tambien empezó á moverse Romana con unos 8.000 hombres, escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo ántes su caballería en el mismo punto deshecho 600 jinetes enemigos.

El mariscal Soult se extendía con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18.000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva, aguardando nuevas órdenes. De éstas, las que le mandaban atacar á los españoles fueron interceptadas en Valdestillas; ademas de que noticioso Soult del paraje en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquéllas ignoraba Napoleon), no se hubiera, con sólo su fuerza, arriesgado á pasar adelante.



Sabedor el mariscal frances de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponíanse aquéllos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleon venía sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores, no prosiguió su marcha el general Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas; una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro-Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion. Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pié de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Reaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de Diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon, siendo dificultoso continuar á caballo, deseoso tambien de animar con el ejemplo, se puso á pié y estimuló á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura, acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales, que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipajes, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era éste envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo Emperador escribia el 26 desde Tordesillas: «Si todavía conservan los ingleses el dia de hoy su posicion, están perdidos; si, al contrario, os atacan, retiraos á una jornada de marcha, pues cuanto más se empeñen en avanzar, tanto mejor será para nosotros.»

Pero sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos de sus contrarios, prosiguió á Benavente, y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina, sin embargo, empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atras. Así fué que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanaje, huía, y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró agriamente el ge-

neral inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fué entónces cuando se quemó, segun algunos nos han afirmado. Nos consta, por informacion judicial que de ello se hizo, que sólo el 7 de Enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias, sin que se pudiese cortar.

Esta columna, que era la que mandaba Moore, despues de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aún en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general frances Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquélla, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial, y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron éstos al principio, excitando gran clamoreo las mujeres, rezagados y barajeros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luégo el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos más, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron, sin embargo, en adelantar, hasta que lord Paget, acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del Emperador frances á causa de la retirada de Moore, determinó aquél perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la segunda division del Marqués de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villarente. Enfermos en Leon muchos de los principales jefes, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fué sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose casi toda la tropa, que tan mal custodiaba aquel punto.

Desapercibido el Marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos más principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando, con el azoramiento, hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á éste, que le conceptuaba en las fronteras de Astúrias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Hasta aquí se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en jefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y áun darle batalla, mayormente cuando la insubordinacion y el desconcierto no habian llegado todavía al extremo. Pero sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entónces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El Marqués de la Romana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones; y á la verdad, por poderosas que éstas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado, pues, el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo, asimismo, que dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y ágrío de Fucebadon.

A las doce del dia del 31 de Diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entónces habia casi toda podido librarse del continuo perseguimiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal, para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus jefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose así, por la violencia de manos aliadas, unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Ni fué Romana más dichoso del lado de Fuencebaddon. Creía, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo ménos se le dejaría en su retirada solo y desembarazado; mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3.000 hombres, mandada por el general Crawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana, con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar casi cerrado con la nieve el paso de Fuencebaddon.

Uníase á tal conjunto de desgracias, estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos jefes, sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se habia reducido el número de aquéllas, fuera de la llamada del Norte, y malaventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas, la primera, mandada por el coronel Rengel, fué al amanecer del 1.º de Enero cortada y en gran parte cogida por jinetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio; y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Allí reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Trébes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia, que pasó despues al de Bibey.

Los ingleses, en tanto, por el puerto de Manzanal, continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguía la de sir David Baird, y cerraba la marcha, con la última, el mismo sir Juan Moore. Llegaron el 2 de Enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo catorce leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que sólo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban, ofreciendo lastimoso cuadro; el tiempo crudo, los bagajes abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios jinetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdían de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion; fué Bembibre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo reci-

bieron los que así se olvidaban de la disciplina y buen orden. Los franceses, corriendo en pos de ellos, duramente y cual merecían los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atropellando á casi todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas, poníalos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábanlos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1.º de Enero. Le acompañaban 70.000 infantes y 10.000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot, las cuales, ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses ántes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga, pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult, con 25.000 hombres, de los cuales 4.200 de caballería. Tras de éstos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16.000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19.000 combatientes, menguadas sus filas con los 3.000 que fueron la vuelta de Vigo, y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entró el mariscal Soult en el Vierzo, dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebadon, otra por Manzanal, avanzando el 3 su vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian los ingleses ocupado con 2.500 hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no léjos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Más adelante, y camino de Bembibre, habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones, mandados por el general Colbert, quien, pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente éste que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa orden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De éstos los hubo que fueron cogidos al pasar por el puente del Gúa; otros, metiéndose por los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quemaropa dispararon y mataron á muchos jinetes franceses,

entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo, y tambien impedido de la noche, que sobrevino.

Aquí hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan Moore la evitó, retirándose despues de oscurecido. En Villafranca escandalosamente se renovaron los excesos y demasías de otras partes; fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas, y oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias, mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infraganti. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por allí cada vez más quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parajes en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y agrio acceso.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas; y encontrándose los soldados británicos con un convoy, no sólo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales, y por órden del general Moore, arrojaron á un despeñadero, en vez de repartíselos, 120.000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo; abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusion el gran séquito y embarazos que solian entónces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin, fué esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narracion (1), «á que por sombrías y horrorosas que fueran las relaciones que de ella se hubiesen hecho, aún no se asemejaban á la realidad.»

Dos días y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, diez y seis leguas de Villafranca; acosados en continuas escaramuzas, hubieran padecido cerca de Constantin recio choque, si el general Moore no le hubiese evitado, haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira, y engañando á sus contrarios con un diestro y oportuno amago.

Hasta poco ántes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda,

---

(1) *Narrative of the peninsular war, by Marquess of Londonderry, chapter X, vol. I.*

avisando, en consecuencia, al almirante de su escuadra, á fin de que los transportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y tambien para rehacer algo su ejército, cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y áun arriesgar una batalla, si fuese necesario. Al intento reunió allí todas sus tropas, excepto los 3.000 hombres del general Crawford, que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

A legua y media, y ántes de llegar á Lugo, escogió sir Juan Moore un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult, hallándose inferior en número, no queria empeñarse en accion formal ántes de que se le uniesen más tropas. Los ingleses, por su parte, se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posicion; mas al anochecer de aquel dia, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas, con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podria así embarcarse sosegadamente. A las diez de la noche, y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuacion de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Despues de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasias, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9, en un estado lamentable de confusion y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11, y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos transportes; vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones más favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba más entero y ménos indisciplinado.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquéllas, hallábanse próximas á la Coruña, y su posicion, como más recogida, podia guarnecerse con ménos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo dia, contando ya los franceses

con suficientes tropas, repararon el puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacén de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde, habiéndose el viento cambiado al Sur, entraron en la Coruña los trasportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de éstos sólo se dejaron, para en caso de acción, 8 ingleses y 4 españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejára á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder libremente embarcarse. Desechó con nobleza sir Juan Moore proposición tan deshonorosa.

Puestos ya á bordo los objetos de más embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16, y á su abrigo, embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embarco, empeñándose una acción reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella en la noche anterior, habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de 11 cañones, en que apoyaba su izquierda, ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha, con las suyas respectivas, los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavea de Abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristóbal y camino de Bergantiños; el total de fuerza ascendia á unos 20.000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16.000, que estaban apostados en el monte Mero, desde la ria del mismo nombre hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de sir David Baird, y por el opuesto, que atraviesa el camino real de Betanzos, las de sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos más elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva, mandada por lord Paget, estaba á retaguardia del centro, en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Más inmediato á la Coruña, y por el camino de Bergantiños, se habia colocado con su division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de las heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses, al principio, desalojaron de Elviña á las tropas ligeras de sus contrarios; mas, yendo adelante, fueron dete-



nidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fué gravemente herido el general Baird, y sir Juan Moore, que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era más reñido que en las otras partes, recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon, que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido, incorporóse, y registrando con serenidad el campo, confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Sólo entónces permitió que se le recogiese á paraje seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fué enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses, no pudiendo romper la derecha de los ingleses, trataron de envolverla. Descubierta su intento, avanzó lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pié á tierra, contuvo á los demas, y aún se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de 11 cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche, quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses, contentos con lo obrado, tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la oscuridad. Fué su pérdida de 800 hombres; asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaído el mando en jefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por sir Juan Moore, y entrada la noche, ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Beresford.

En la mañana siguiente, viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre, acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego, con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no sólo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad, no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aún alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la

casualidad de haber tenido que pelear ántes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas, si un ejército veterano, disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó ántes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisonos, escasos de todo y en su propio país, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza sólo la ponía al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador D. Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la Audiencia, el Gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenaje al nuevo rey José.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado del mar, de donde sólo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha; no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento D. Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra D. Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos jefes y la junta peculiar del pueblo desde luégo se inclinaron á capitular; mas no osando declararse, tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin, el 26, habiendo éstos descubierto algunas obras de batería, y apoderándose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, sólo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de

que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de Mayo, fue nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia 7 navíos; 3 fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la Junta Central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiadamente severa.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apénas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luégo entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pié y en un rincón quedó Romana con escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español; persiguióle el frances, hasta que continuando aquél hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de Febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

El Marqués de la Romana, luégo que salió de Orense, estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de Enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo más conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen, que fué más acertado, de no alejarse del país que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Miéntas tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado izquierdo, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila ésta por entónces, puso tambien su atencion del lado de Astúrias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Más adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Ínstanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Descansó allí dos días, hospedándose en casa del Obispo, á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia, vista la priesa con que los ingleses se retiraban, volvió atras y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de Enero.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al Ayuntamiento, á los preladados de los conventos, al Cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Quería imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo, de dominicos. Iba al frente de los llamados el Ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los más habian huido despues de la rota de Búrgos. Procurando dicho cuerpo mantener órden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que ántes merecia atento trato del extranjero que amargas reconvenciones. Sin embargo, el Emperador frances recibióle con rostro entenebrecido y le habló en tono áspero y descompuesto, echándole en cara los asesinatos cometidos. De los presentes se átemorizaron con sus amenazas áun los más serenos, y el que servia de intérprete, no acertando á expresarse, impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No ménos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Triste y pensativo volvía el Ayuntamiento á su morada, cuando algunos de sus individuos, queriendo echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruian el paso, un piquete frances de caballería, que de léjos los observaba, intimóles que iban presos, y que así fuesen por el camino más recto. Restituídos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del Emperador con órden que éste le habia dado, teniendo el reloj en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del Ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que ántes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien, repitiendo á nombre del Emperador la anterior amenaza, D. José de Hervás, el mismo que en el Abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien, como español, se hizo más fácilmente cargo de las razones que asistian al Ayuntamiento. Sin embargo, manifestó á sus individuos que corrían grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquéllos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luégo del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual, habiendo sido en tan tristes dias nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria, delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles, llamado Domingo, que vivia en la plaza Mayor. Por desgracia de éste, encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya más bien, segun se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fué preso Domingo con dos de sus criados, y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos, perdonando Napoleon al primero, más digno de muerte que los otros, si habia delito. Llegó el perdon estando Domingo al pié del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervás, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió, en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atencion de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba. Novedad impensada, y de tal entidad, que le impelia volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento; mas paróse en Valladolid diez dias, queriendo ántes asegurarse de que los ingleses proseguian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierta de lo primero, apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del Ayuntamiento de Madrid y de los tribunales, que le fueron presentados el 16 de Enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital á fin de reconocer y jurar á José, condicion que para restablecer á éste en el trono

había puesto Napoleon, pareciéndole fuerte ligadura lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el Emperador frances con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus súplicas, verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Dudaron entónces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el sólio si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber sólo dejado á José, despues de la toma de Madrid, el título de su lugarteniente, y tambien el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el Emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas, M. de Pradt. Habia éste acompañado desde Madrid á los diputados españoles; y Napoleon, ántes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurría, mandó á aquel prelado fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas, dijo Napoleon: «No conocia yo á España: es un país más hermoso de lo que pensaba. Buen regalo he hecho á mi hermano pero los españoles harán con sus locuras que su país vuelva á ser mio; en tal caso le dividiré en cinco grandes vireinatos» (2). Continuó así discurriendo, é insistió con particularidad en lo útil que sería para Francia el agregar á su territorio el de España; intento que sin duda estorbó por entónces el nublado que amagaba del Norte, temeroso del cual, partió para París el 17 de Enero, de noche y repentinamente, haciendo la travesía de Valladolid á Búrgos á caballo y con pasmosa celeridad.

En el intervalo que medió desde principios de Diciembre hasta últimos de Enero, disgustado José con el título de lugarteniente, se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo, esperanzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó allí el primer cuerpo, mandado por el mariscal Victor, y con el cual, procedente de Toledo, se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias, rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos, que expuestos al pillaje y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse espectadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio y acallar la voz pública habia el Duque del Infantado, jefe de aquel ejército,

---

(2) *Mémoire, sur la révolution d'Espagne, par M. de Pradt, pages 223 et suiv.*

imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos más bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1.500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo D. Francisco Javier Venégas, que mandaba la vanguardia, compuesta de 4.000 infantes y 800 caballos, y al brigadier D. Antonio Senra con otra division de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenía el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venégas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo, pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete; disculpa que no admitió el General por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venégas, por su parte, situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de Diciembre á los franceses de Tarancon. El número de éstos se reducía á 800 dragones. Distribuyó el general español su frente en dos columnas, una, al mando de don Pedro Agustin Giron, debía amenazar por su frente al enemigo; otra, capitaneada por el mismo general en persona, y más numerosa, debía de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla; lo cual retardó la marcha de Venégas y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió más tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y más corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venégas, y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido ésta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallon de guardias españolas y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues; y entónces su jefe, don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguimien-

to, por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pérdida de los franceses, entre muertos, heridos y prisioneros, fué de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos jefes, achacándose mutuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa fueron en este caso, como en otros muchos, la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo sólo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos éstos de que, engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no sólo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion para atender á otros cuidados, á veces se disminuia, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raíz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14.000 infantes y 3.000 caballos. Sospechando Venégas los intentos del enemigo, comunicó el 4 de Enero sus temores al Duque del Infantado, opinando que sería prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su línea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el Duque que urgiese adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venégas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes, que tampoco tuvieron ejecucion.

Apurando las circunstancias, y no recibiendo instruccion alguna del General en jefe, juntó Venégas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés, como posicion más ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del Duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de Enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venégas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9.000 infantes y 1.500 caballos. Trató desde luégo el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la poblacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago, y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI.

La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en várias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado Alcázar, y desde allí, por la izquierda, corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente más suave y de fácil acceso. Venégas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de D. Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron



ya á tirotarse con los franceses, replegándose á Ucles en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venégas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento, de donde divisaba la posicion y el llano que se abre al pié de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo, en la llanura, la caballería. Sólo habia un obús y tres cañones, que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano, con los jinetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fué en busca de los españoles, sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte, con su division, derecho á Uclés, y el mariscal Victor, con la del mariscal Ruffin, la vuelta de Alcázar. Fué Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento, creyó Venégas amagada su derecha, y por tanto, atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posicion, cubierto con ménos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venégas, queriendo entónces sostener la tropa allí apostada, que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á D. Antonio Senra. Ya era tarde; los enemigos, avanzando rápidamente, arrollaron á los nuestros, é inútilmente desde el convento quiso Venégas detenerlos. Contuso él mismo y ahuyentado con todo su estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado, muerto, el bizarro oficial de artillería D. José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo, empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguieronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no así los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido el Marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar, impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano, y faldeando los cerros, caminaron de priesa, y perseguidos, la via de Paredes. Desgraciadamente, hácia el mismo lado, tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros jinetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de

seis cañones enemigos, que dirigía el general Senarmont. No hubo ya entónces sino confusion y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los más de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros; contóse entre los primeros al Marqués de Albudeite. Tal fué el remate de la jornada de Uclés, una de las más desastradas, y en la que, por decirlo así, se perdieron las tropas que ántes mandaban Venégas y Senra. Sólo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería, y tambien algunas otras reliquias que libertó la serenidad y esfuerzo de D. Pedro Agustin Giron, uniéndose todos al Duque del Infantado, que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los jefes que empeñaron semejante accion ó fueron causa de que se malograra. El general Venégas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público, acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura, si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse más allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándolo para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribíale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pansiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas, á manera de acémilas, á algunos conventuales y sujetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del Alcázar. No contentos con tan duro é innoBLE entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la más insigne barbarie. Fué, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejía, emparentados con las más ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarnecidos, los degollaron con honrosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de más de 300 mujeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y sólo el cansancio, no los jefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles los que de ellos, rendidos á la fatiga, se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así

nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial frances, M. de Rocca. ¿Qué extraño, pues, era que nuestros paisanos cometiesen, en pago, otros excesos, cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

El Duque del Infantado, que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntandole allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió, en consejo militar, pasar á Valencia con todas las tropas.

Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció más cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar; pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fué en Tórtola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de Enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierra-Morena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí, segun costumbre, no cesó de idear, sin gran resulta, nuevos planes, hasta que en 17 de Febrero fué relevado del mando por órden de la Junta Central, y puesto en su lugar el Conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Napoleon, hizo José en Madrid, el 22 de Enero, su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó, por fuera de puertas, á la plazuela de las Delicias, desde donde, montando á caballo, entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con más esmero que el anterior de Julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíanse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José, rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastante á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fué recibido en la iglesia de San Isidro por el Obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, díjose una misa, se cantó el *Te*

*Deum*, y concluida la ceremonia, se dirigió José por la Plaza Mayor y calle de la Almudena á Palacio, en donde, ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazón de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos más abultados y decisivos nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interes y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Dejamos en el libro quinto la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme, en el último tercio del mes de Agosto, se habia recogido á Barcelona, de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte, por entónces y en 1.º de Setiembre, el Marqués del Palacio y la Junta del Principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca, con objeto de estar más cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo paraje se habia restituido desde Gerona el Conde de Caldagués.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez más á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro, y con intento de hacer una excursion en el Panadés, partió de aquella ciudad con 6.000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea, al amanecer del 2 de Setiembre, en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando éstos la embestida del puente, vadeasen el río y le flanqueasen, previno oportunamente cualquiera tentativa, situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses, no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenía D. Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos al rededor de Barcelona, hubo en Setiembre muchas escaramuzas y áun choques, entre los que fué grave el acaecido en San Cugat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los refuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el esmero y cuidado de la Junta. Habíase sólo levantado grande enemistad contra el Marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó más bien porque en aquellos tiempos arduos, no siendo dado caminar en la ejecucion al són de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente, como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la Junta Central á llamar al Marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitán general de Mallorca D. Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de Octubre.

Teniendo éste á su disposicion fuerzas más considerables, coordinó nuevamente su ejército, y segun lo resuelto por la Central, le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19.551 infantes, 780 caballos y diez y siete piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia, al mando de D. Mariano Alvarez, á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, adonde se aproximó el 3 de Noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Los apuros en aquella plaza del general frances Duhesme crecian en extremo; el número de sus tropas, que ántes era de 10.000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba, á sus ojos, en abierta rebelion. Los habitantes más principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Más tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fué despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el Conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general, que sólo en nombre habia conservado. Como más antiguo, le sucedió D. Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del Principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon, prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra; lo mismo hicieron los que eran extranjeros, excepto M. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policia con particular severidad, prestándose á

tan villano servicio un español llamado D. Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Contando, sin duda, con el influjo de aquéllas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y áun proyectó varios ataques. Fué el más notable el que se dió en 8 de Noviembre, aunque no tuvo ni resulta, ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo, la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas, como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon, juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requería largo tiempo. Creían que hubiera sido más conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el Principado, al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Segun insinuamos al hablar de ésta, fué destinado el séptimo cuerpo á domeñar la Cataluña. Debía formarse con las tropas que allí había á las órdenes de los generales Duhesme y Reille, y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendían á 25.000 infantes y 2.000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion de Saint-Cyr. Entró éste en Cataluña al principiar Noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargando de ello al general Reille, le comenzó el día 7 del mencionado mes.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada, impedían por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacadero del lado de tierra á causa de la insurreccion del país. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como ésta era de temer que con la tardanza pudiesen los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona, apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importan-

te la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr, á su despedida en París, fué el de conservar á Barcelona (3); «porque si se perdiese, decia, serían necesarios 80.000 hombres para recobrarla.» Sin embargo, aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raíces del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenía de poblacion 1.200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada, quísose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela, y á 1.100 toesas de la villa, en un repecho de las alturas llamadas de Puig-rom, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa, pero dominado á corta distancia.

Con tan débiles reparos, y en el estado de ruina de várias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza; ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador D. Pedro Odaly; constaba la guarnicion de 3.000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido, y se atajaron con zanjias las bocas-calles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille, unida á la italiana de Pino, se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7.000 hombres. Ademas el general Souham, para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez, que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el frances Reille de tomar por sorpresa á Rosas: así lo deseaba su general en jefe, solícito de acudir al socorro de Barcelona, y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De ésta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr, que presumia de humano, envió en rehenes á Francia, hasta el canje, igual número de habitantes, prefiriendo este me-

---

(3) *Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion, Saint-Cyr*, chap. 1.<sup>er</sup>

dio al de quemar los pueblos, ántes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como más injusta, imaginándose que los enviaban á servir al Norte.

Desde el 7 de Noviembre, que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo día los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias, no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entónces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Empezóse el ataque de aquélla por el baluarte llamado de la Plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general enemigo Sanson, jefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel día, dueños los franceses de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de ésta, para atacar despues la ciudadela por el frente, comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fué entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia; de 500 hombres que la defendian, 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entónces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortín de la Trinidad fué desde el 16 bizarramente defendido por su comandante D. Lotino Fitzgerald. Los ingleses, juzgando inútil la resistencia, habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido lord Cockrane con amplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles, entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos, rechazaron el 30 el asalto de los enemigos, que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorrería por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de D. Mariano Alvarez: cruzó éste el Fluviá, y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron despues á los nuestros, cogiendo prisionero al segundo comandante D. José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba segun temia, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María, y los trabajos prosiguieron con ardor en los dias 1.º y 2.º, que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5,



estando la brecha practicable, y despues de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el Gobernador, quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura D. Lotino Fitzgerald, comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela, si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15.000 infantes y 1.500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general frances de ser detenido en el camino, si D. Juan de Vives, en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiera salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito; cosa tanto más hacendera, cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona, se le habian agregado en Noviembre las divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Constaba la primera, al mando de don Teodoro Reding, de 11.700 infantes y 670 caballos, y la segunda de unos 4.000 hombres regidos por el Marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la vanguardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona, estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Éstas hicieron el 19 de Noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes, á pesar del daño que recibian, estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses; lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, prohibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Mal informado el general Vives, dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron, sin embargo, algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera ésta sido infructuosa.

D. Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad, fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres, que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliu de Llobregat, á

legua y media de Barcelona; desde donde, y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de Diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del Principado. Sin embargo, en la noche del 11 de Diciembre, sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á D. Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posteriormente confirmacion del primer aviso; se celebró un consejo de guerra, en el que variando, segun costumbre, los pareceres, no se siguió el de Caldagués, que era el más acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4.000 hombres bien atrincherados. Resolvióse, pues, lo contrario, y sólo salió Vives con algunas tropas á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8.000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al Marqués de Lazan que, separándose de la vanguardia, que estaba en Gerona, siguiese la huella del frances, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con cuatro batallones en Coll-Sacreu para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó si no, concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Apremiado el general Saint-Cyr con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al Marqués de Lazan; quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general frances para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Así fué que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150.000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de D. Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan, con gran júbilo vió que Vives ni se habia aún adelantado hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras, bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15, para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero ágrío y

desconocido, tornando luégo á tomar el camino de Barcelona. Salió de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general frances obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el desfiladero de treinta pasos. Mas vencidos los obstáculos, acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu, se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinás y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenían á Vives, flanqueábalos Milans á su izquierda, y detras los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se hubiera repetido aquí la jornada de Bailén, y calificándose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Amaneció el 16 de Diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la riera de la Roca. En lo más elevado de ella, y á la derecha del camino real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha, que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vich. Como el objeto del general frances era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio las españolas. Comenzó el ataque la division de Pino con órden expresa de desviarse de lo resuelto por el general en jefe; pero, en contravencion á ello, habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega, que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fué para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado, no sólo fué rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros dos jefes, quince oficiales y unos doscientos soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souham contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte más flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino, con la segunda brigada, prosiguiese el ataque en columna y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo

y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fué envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzúrrum. Nuestra pérdida fué de 500 muertos y de 1.000 entre heridos y prisioneros; mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pié y por sendas extraviadas, y el general Reding, ayudado de la velocidad de su caballo, pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor orden se retiró por el camino de Granollers á San Cugat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, adonde se transfirió el Conde de Caldagués, quien, aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El Marqués de Lazan, que no tomó parte en la batalla, retrocedió despues á Gerona, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinás ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No reinaba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose éste descontento con recibir un jefe superior, y al que luégo se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entonces, ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles, no tomó acerca de ellas providencia, y el 20, despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquierda, reforzado su ejército con cinco batallones de la division del general Chabran.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo, que con la derrota del 16, y dispersion que ella causó en todas las tropas, no ascendía arriba de 10.000 infantes y 900 caballos, con artillería numerosa. Allí llegó el general Vives, que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia, pasó á Villafranca para obrar en union con la Junta del Principado.

Luégo que se alejó, asomaron los franceses; é indeciso D. Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al General en jefe, que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado

en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier don Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado, manteniéndose Reding, juntamente con Caldagués, en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

El enemigo al alborear del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre, vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Feliu, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pí. Habian en un principio creido los españoles que su izquierda sería la primera atacada; mas cerciorados de lo contrario, mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento, no obstante, era grande desde la accion de Llinás, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrara de la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las 10 de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses, á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fué considerable nuestra pérdida, principalmente de jefes: el brigadier La Serna murió en Tarragona de las cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero, y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel acababa pocos dias antes de ser deshecho y en parte disperso. Así fué que el general Saint-Cyr, maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras filas, atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca de Panadés y en Villanueva de Sitjes, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó casi toda ella á merced del vencedor, que no sólo forzó el paso del Bruch, para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, al-

canzadas tales ventajas, y atribuíanlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército, á pesar de los acopios cogidos, mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el país que le rodeaba estaba ya agotado; la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Era, por cierto, situacion ésta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, amenazó de muerte al general Vives, quien, para preservarse de una catástrofe casi inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en D. Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la Junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general, con actividad y solo, empezó á arreglar el ejército, á la sazón descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora; mas todo se malogró, como veremos despues, por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no léjos de la frontera de Francia, temióse contra ella ya en Setiembre un nuevo y más terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á D. Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla: adoptóse como más fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa, hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerba, se habian fortificado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen, revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y

hasta el Ebro defendían la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerba, descubría los ataques del enemigo y protegía las salidas de los sitiados. En el monte Torrero sólo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrillo ó adobe, haciendo además cortaduras en las calles y aspillando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aún en pié despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores, á porfía y con afanado ahinco, coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre.

Había unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal, en donde los franceses las habian arrojado; apénas se hizo uso de los morteros, por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15.000 hombres durante seis meses; cada vecino tenía un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15.000 hombres; aumentáronse hasta 28.000 con los dispersos de Tudela, que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox D. Felipe Saint-March; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1.400 hombres, á las órdenes del general Butron.

Los franceses, despues de la batalla de Tudela, tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí, con el 3.<sup>er</sup> cuerpo, la llegada del 5.<sup>o</sup>, que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35.000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en jefe debia capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Unidos en Alagon el 19 de Diciembre los mencionados 3.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup> cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio, pensó

el mariscal Moncey, general en jefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5.000 hombres D. Felipe Saint-March. Para ello, al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atención por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entónces Saint-March, descubierto por su derecha, pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde, repelidos los enemigos, tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al general Falcó; en el actual avínole bien á Saint-March, para no ser perseguido, la particular proteccion de Palafox.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan, empezó por acometer á los suizos del ejército español, que estaban en el camino de Villamayor: superior en número, los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde, si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su jefe D. Adriano Walker, quedaron allí los más muertos ó prisioneros. Animados los franceses, embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo paraje mandaba D. José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pié de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería D. Manuel Velasco, que dirigía los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho, igualmente, influyó con su presencia D. José de Palafox, que acudia adonde mayor peligro amagaba. El éxito fué muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, así en éste como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al frances que tampoco en esta ocasion sería ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la vía de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante (4).

---

(4) *Carta del mariscal Moncey.*

Señores: La ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion que permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado y hartos ma-



Los franceses trataron entónces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir

---

les nos cercan y combaten. La quinta division del ejército grande, á las órdenes del Sr. mariscal Mortier, duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia prolongada. Señores, la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella, si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El Sr. mariscal Mortier y yo creemos que VV. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio y de las terribles consecuencias que podrán resultar, sería el camino para granjearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de ustedes. Procuren VV. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud; que por mi parte aseguro á VV. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion y con las facultades que me ha dado S. M. el Emperador.

Yo envío á VV. este despacho con un parlamentario, y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto.

Quedo de VV. con la mayor consideracion.— Señores.— EL MARISCAL MONCEY.— Cuartel general de Torrero, 22 de Diciembre de 1808.

*Respuesta del general Palafox.*

El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. Mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres, resueltos á batirse, no conocen más premio que el honor, ni yo, que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si, observando las nobles leyes de la guerra, me bate; no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion, que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un dias que duró la vez pasada; si no supe rendirme entónces con ménos fuerzas, no debe V. E. esperararlo ahora, cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria, al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El Sr. Mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gusto por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios

las salidas de los sitiados, los cuales, el 25, al mando de D. Juan Oneille, desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerba y convento de San José, punto que miraban los enemigos como más flaco por no haber detras en el recinto de la plaza muro terraplenado. Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de Diciembre.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida, mandada por el brigadier D. Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la linea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga; mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería, la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox, para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

El 1.º de Enero reemplazó en el mando en jefe al mariscal Moncey el general Junot, duque de Abrántes. En aquel dia los sitiadores, para adelantarse, salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses.

Éstos, habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo y á batir en brecha el reducto del Pilar y el

---

de esta verdad; no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo más en proporcion de hablar al señor Mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia, que le es tan característica y que le da el renombre de Bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos, y más cuando ni la guerra ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es más que un pueblo, y no hay razon para que éste ceda.

Sólo advierto al Sr. Mariscal que cuando se envia un parlamentario no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento más que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., Sr. mariscal Moncey, con toda atencion y en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis más sagrados deberes.— Cuartel general de Zaragoza, 22 de Diciembre de 1808.— EL GENERAL PALAFOX.

convento de San José, que aunque bien defendido por D. Mariano Re-novales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir, dañaban con su caída á los defensores. Hiciéronse, sin embargo, notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una mujer llamada Manuela Sancho, de edad de veinticuatro años, natural de Plenas, en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer orden.

Alojados en aquel convento, fueron dueños de la hondonada de Huerba, pero no podían avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba D. Domingo la Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, así como el oficial de ingenieros D. Márcos Simonó y el comandante de la batería D. Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida, que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército, vuelto en sí y puesto sobre las armas, obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando sólo escombros, y muertos los más de los oficiales que le defendian, fué abandonado entre ocho y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerba, en que se apoyaba su gola.

Entre éste y el Ebro, del lado de San José, no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas éstas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia más vigorosa, más tenaz y sangrienta.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios más lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades, que á poco se trasformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon.

Los franceses continuaron sus obras, concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entónces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los espa-

ñoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No sólo padecían los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado, para acopiar víveres, al general Vathier con 600 caballos y 1.200 infantes. En su ruta fué éste molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos que, deseoso de destruirlos, los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo, que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses, más de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el Marqués de Lazan y D. Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entónces falsas, pues Lazan estaba léjos, en Cataluña, y su hermano D. Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del Duque del Infantado, no le fué á éste lícito condescender con lo que pedía. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5.000 hombres que D. Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual, ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorría la comarca.

Por escasas que fueran semejantes fuerzas, instaba á los franceses destruirlas; cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada, el 22 de Enero, del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion, acudia éste á tomar el mando supremo del 3.º y 5.º cuerpo, que mandados separadamente por jefes entre sí desavenidos, no concurrían á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luégo sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan, que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creían ser D. Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á Nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Redoblando, pues, su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerba para intentar el asalto; construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de

armas, donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicas se les ofrecian; una enfrente del convento de San José y otra más á la derecha, cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel dia á las doce de la mañana. La campana de la Torre Nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos, á su tañido, se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, y se encaramaron, sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salióle despues más caro que los otros. Tomaron, en efecto, sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerba, obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria, se extendieron hasta la puerta del Cármen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, y se hicieron dueños del convento de Trinitarios Descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados por el fuego de dos cañones y el daño que recibían de calles y casas. Los nuestros, persiguiéndolos, hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante D. Antonio San Genis, que fué muerto en la batería llamada Palafox, á tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenía cuarenta y tres años de edad, y amábasele todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion affable, era tal su entereza, que desde el primer sitio habia dicho: «No se me llame á consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi opinion que no podamos defendernos.»

El bombardeo, miéntras tanto, continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morían 350 personas por día, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, carecíase de carne y de casi toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres, hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarradas por las bombas, ofrecían á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darian á partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurría, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse, crecia su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme con ellos, repetía: «Defenderé hasta la última tapia.»

Los franceses entónces, yendo adelante con sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustin y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta Quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entónces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa y de cada piso y de cada cuarto.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linaje de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no sólo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien querían recuperar los perdidos. Intentáronlo, aunque en vano, con el convento de Trinitarios Descalzos. La lid fué porfiada y sangrienta; quedó herido el general frances Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras, y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con su lengua y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augusto entónces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplia tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1.º de Febrero de San Agustin y San-

ta Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta Quemada; empresa la última que se les malogró, con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo, atravesado de una bala por las sienes, el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Aunque despacio, y por decirlo así, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque, que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al general Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Seguía en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entónces á conservar riguroso bloqueo. Ahora, segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de Febrero embistieron ya sus soldados el convento de Franciscanos de Jesus, á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir más adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que, segun la expresion de uno de los jefes enemigos, «era menester matarlos para vencerlos.» Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco, hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury, acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda, y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron éstos, recobrando despues á duras penas el terreno perdido. Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba «que se aguardasen refuerzos, sino se queria que aquellas malhadadas ruinas fuesen su sepulcro.»

Urgia, pues, á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de Febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal, y con horroroso fuego,

al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo, al querer intentarlo, el baron de Versages. A las dos de la tarde, abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de Mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey don Jaime el Conquistador, y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera, de construccion magnífica anduvo la lucha muy reñida; perecieron casi todos los que lo guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fué, excepto á unos cuantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo, que no parecia sino que, á manera de las del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto, echaron los más de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero, perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles, entre muertos, heridos y prisioneros, 2.000 hombres.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios Calzados, se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina, que atravesaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3.000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion, causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaria á rendirse.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Méenos eran de 4.000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14.000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes, y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvaneciáanse las esperanzas de socorro; y el mismo general D. José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de Febrero. Componíase ésta de treinta y cuatro individuos, siendo su presidente D. Pedro María Ric, regente de la Audiencia. Rodeada de dificultades, convocó la nueva autoridad á los principales jefes militares, quienes, trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse, no obstante, largamente la materia; mas



pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y sólo 8, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decision de la mayoría envióse al cuartel general enemigo un parlamento á nombre de Palafox, aceptando, con alguna variacion, las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias ántes; pero éste, por tardía, desechó con indignacion la propuesta.

La Junta entónces pidió por sí misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal frances, con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponía á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Fué nombrado para ir al cuartel general frances D. Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos aquel mariscal con desden y áun desprecio, censurando agriamente y con irritacion la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes: «Respetaránse las mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido.— Ni áun empezado, replicó prontamente, mas con serenidad y firmeza, D. Pedro Ric: eso sería entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues áun tiene armas, municiones, y sobre todo puños.»

No queriendo, sin duda, el mariscal Lannes compeler á despecho ánimos tan altivos, reportóse áun más y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó D. Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las más de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese á D. José Palafox ir adonde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, fueron publicados en una relacion impresa por el mismo don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fe, como de magistrado veraz y respetable.

La Junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni áun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebranta-

miento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á D. José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, adonde tuvieron que volverle por el estado de postracion en que se hallaba. Apénas restablecido, lleváronle á Francia, y encerrado en Vincennes, padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Fueron áun más allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion, á la una de la noche, llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox, donde siempre dormia, á su antiguo maestro el P. D. Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitán frances y un destacamento de granaderos, que le sacaron fuera, sin decirle adónde le llevaban. Tomaron al paso al capellan D. Santiago Sas, que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como el anterior, despidieron á Solanilla, y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca, como tampoco de la de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitán frances encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

La capitulacion se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 28 de Febrero (5), nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se

---

(5) *Capitulacion.*

Artículo 1.º La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana, 21, al mediodia, de la ciudad, con sus armas, por la puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.º Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. C. el rey José Napoleon I.

Art. 3.º Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad podrán, si quieren, entrar al servicio de S. M. C.

Art. 4.º Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodia del 21.

Art. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el Emperador y Rey.

Art. 7.º La religion y sus ministerios serán respetados; se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar así los excesos; como si, con capitulacion ó sin ella, pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

Fué nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de Marzo su entrada solemne Lannes, recibéndole en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar el P. Santander, obispo auxiliar, que, ausente en los dos sitios, volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las más preciosas alhajas, pasando á manos de los principales jefes franceses, bajo el nombre de regalos que hacia la Junta (6). El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de Marzo, que partió á Francia, sucediéndole por entónces en el mando el general Junot, duque de Abrántes.

---

Art. 8.º Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9.º Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S.M. el Emperador y Rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. C.

Art. 11. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. C.

La justicia se ejercerá como hasta aquí, y se hará á nombre de S. M. C. José Napoleon I.— Cuartel general delante de Zaragoza, 20 de Febrero de 1809.— Firmado.— LANNES. En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion, léase la *representacion hecha á José por la Junta de Zaragoza en 11 de Marzo de 1809*, é inserta en la *Gaceta de Madrid* de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice: «Quedó acordada la capitulacion que fué ratificada y canjeada en debida forma.»

(6) *Hé aquí la lista y evaluacion de las alhajas extraidas.*

1.ª Una joya con 1.900 brillantes, nueve de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura, un corazon, que en el centro figuraba un cisne, tendidas las alas y descansando en el tronco, con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España doña Maria Bárbara de Portugal. Valuada en pesos fuertes. .... 50.000

2.ª Una corona de la Virgen, que en 1775 costó el arzobispo de esta diócesis D. Juan Saenz de Burruaga, de oro, guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; en el círculo, formados de diamantes, los atributos de la Virgen, á saber: nave, pozo, fuente, castillo, luna, sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro; en el centro un triángulo de diamantes, del cual se desprendia una palomita de lo mismo, en ademan de mirar á Maria, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios; costó pesos. .... 30.000

3.ª Otra para el Niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrase hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubíes brillantes, por remate una cruz, y en el pié un círculo de oro con un diamante tostado; pesos. .... 5.000

Duró el sitio de Zaragoza sesenta y dos dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado éstos en la conquista. Al capitular, sólo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y trece iglesias ó conventos, y sin embargo, su posesion les habia costado tanto trabajo y la pérdida de más de 8.000 hombres. Murieron de los españoles, en ambos sitios, 53.873 personas (7); el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los más de los edificios. Desapareció, pábulo de las llamas, el antiguo, famoso y escogido archivo de la Diputacion aragonesa; la biblioteca de la universidad, formada con la antigua de

4. <sup>a</sup> Dos retratos guarnecidos de brillantes, del emperador Francisco I y de la emperatriz, su esposa, Maria Teresa de Austria, reina de Hungría y Bohemia, que por testamento dejó á Nuestra Señora el excelentísimo Sr. D. Antonio Azlor; pesos.....	16.000
5. <sup>a</sup> Un clavel jaspeado de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pié de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos, el uno cerrado y el otro abierto, con su gancho largo de oro, y puesto en una cajita de zapa verde, con su charmela de plata. Le dió á Maria Santísima la Excm. Sra. D. <sup>a</sup> Maria Teresa de Villabriga, esposa del Sermo. Sr. infante de España D. Luis de Borbon, año 1788; valorado en.....	7.000
6. <sup>a</sup> Una cruz de la órden de Santiago, con 68 diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas, y tan bellos, que por su blancura parecian cortados de una pieza; valuada en pesos.....	8.418
7. <sup>a</sup> Una joya con 106 diamantes rosas, de exquisita limpieza y blancura, y un precioso esmalte, que regaló á Maria Santísima el Sermo. Sr. D. Juan de Austria, el dia de la Concepcion de 1669; pesos.....	6.891 1/2
9. <sup>a</sup> Una venera de la órden de Calatrava, de oro esmaltado, con 52 diamantes rosas, algunos gruesos, y muy finos todos. La dió el Excmo. Sr. Conde de Baños; apreciada en pesos.....	3.943
9. <sup>a</sup> Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos, montados en oro, que dejó en 1743 D. <sup>a</sup> Maria Ignacia de Azlor; valorados, sin hechuras, en pesos.....	1.855
10. Un corazon de aljófar grande y bello, con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes; pesos.....	116
11. Una joya con corona de oro y 64 diamantes rosas: pesos.....	128
12. Otra de oro con 59 diamantes; pesos.....	60
	Suman todas; pesos..... 129.411 1/2

El mariscal Mortier fué el único que rehusó el regalo que le presentaron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

(7) Véase el *Manifiesto del vecindario de Aragon*, publicado por D. Antonio Plana, é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza, D. Angel Morell de Solanilla.

los jesuitas, y enriquecida con várias dádivas, entre ellas una del ilustre aragonés D. Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien, al final del sitio, la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el Marqués de la Compuesta, secretario de Gracia y Justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, más de dos mil curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, áun hecha por naciones cultas.

Muchos han dudado de si fué ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con más razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras, con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15.000 hombres que ántes habia, y los cuales, unidos al entusiasmado vecindario, bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad nos parece que fué acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre de Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte, su resistencia no sólo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y las casas, no hubieran, inexpertos y en campo raso, podido sostenerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general frances Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad (8): «La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los más admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones, despues de los sitios de Sagunto y Numancia.» Fuélo, en efecto, tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon, que ántes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

---

(8) *Rélation des sièges de Saragosse et de Tortose, par le baron Rogniat. Arant propos.*

